

## Burgos en el Centenario de las Navas de Tolosa

### CRUZ DE HIERRO

DONADA POR ALFONSO VIII

AL MONASTERIO DE LAS HUELGas

Encerrada en una caja de cuero ennegrecido, adornado de primorosas labores mudéjares, poseen las monjas del Real Monasterio de las Huelgas como recuerdo de su fundador Alfonso VIII, una cruz de hierro, como de media vara de larga y una cuarta de ancha, ricamente exornada de perlas á lo largo de sus aristas: en el anverso se destacan en los extremos trilobulados de la cruz cuatro piedras preciosas de varios colores, y que buen tamaño parece se colocaron, por lo que después diremos, con posterioridad, aunque también es propio adorno gemmado de la época de la Cruz; las perlas, por el gusto de su engarce, debieron ponerse en la época del Renacimiento.

Se cree, por tradición, que fué llevada por el Arzobispo D. Rodrigo en la batalla de las Navas de Tolosa y donada á su querido Monasterio por Alfonso VIII, á semejanza de lo que hizo con otras iglesias y monasterios en aquella ocasión si hemos de dar fe á este párrafo tomado de los *Recuerdos históricos castreños* de D. Javier de Echavarría. «Si se ha de dar crédito á datos que se guardan en el archivo parroquial; no olvidó Alfonso el Noble á nuestra Iglesia, cuando después de la gran victoria de las Navas devolvió ó repartió á los templos parroquiales de España gran parte de las enseñas y divinas religiosas que habían servido de guía á los cristianos en el combate. Indícase en algún documento conservado en el archivo, que el victorioso Rey hizo merced á su muy querida iglesia de Santa María de Castro-Urdiales de la Cruz granada que se halló en la batalla.» Después trae una llamada con esta nota al pie: «Las indicaciones hechas son referencia que en el concepto en que aparecen debemos á D. Benito Murúa, párroco de la iglesia.» No debemos dudar de este testimonio porque el señor Murúa, elevado por sus méritos y virtudes á las altas dignidades de Obispo de Lugo y Arzobispo de Burgos, es peritísimo en materias históricas, como catedrático de Historia en el Seminario de Santander, y de Historia general de la Iglesia y particular de la de España en el de Cádiz y como autor de trabajos de esta índole entre los que merecen citarse su notabilísimo discurso *La Filosofía de la Historia considerada como ciencia inventada y desarrollada por el genio católico*.

Como se ha dicho, la cruz es de hierro y en la extremidad inferior tiene un espigón como de decímetro y medio que se va adelgazando hacia la punta. No tiene imagen ni dibujo alguno, sino solamente algunos caracteres que no pude distinguir á la escasa luz que me la enseñaron; pero según me manifestó la monja R. M. D.<sup>a</sup> Trinidad Olmos, suponían fueran letras griegas. Al siguiente día del Corpus ó Corpusculum suelen ponerla á la veneración del pueblo en la iglesia del Monasterio.

La causa de que la materia de esta cruz sea de hierro, lo manifiesta el mismo Arzobispo D. Rodrigo en su historia, *De Rebus Hispaniae*, Lib. VII, Cap. 36, cuando escribe, que D. Alfonso VIII publicó un edicto por todas las provincias del reino, para que los soldados de á caballo y de á pie dejasen los vestidos superfluos, las guarniciones de oro y otros cualesquier ornato que no pertenecen al ejercicio militar y se fortaleciesen con armas útiles, para que lo que antes gastaban en ofensas de Dios, lo convirtiesen en obsequio suyo. Todos, desde el mayor al menor (lo que prueba fué medida general) acataron esta voluntad del Rey y en particular su primogénito D. Fernando, que por aquel tiempo, aquejado de una fiebre maligna, murió en Madrid, donde estaba formando el ejército que se había de oponer á los infieles, en el mes de Octubre de la era 1249.

El propio Alfonso VIII, observó también esta reforma en las costumbres, mandando que su cetro Real se labrase de hierro, el cual se cree que está en Bilches, y el mencionado Arzobispo su cruz patriarcal, por lo que es natural que las demás cruces que mandase fabricar como esta fuesen del mismo metal.

La forma trebolada de la cruz, como el espigón inferior que lleva, hacen muy verosímil la tradición del Monasterio. Los arqueólogos Naval y Renseus están conformes en que en los primeros siglos de la Edad media, las cruces llevaban un espigón ó punta para ponerla sobre un asta para presidir las funciones religiosas ó llevarla en la mano, y que tanto durante la época románica como en la ojival, servía con frecuencia la misma cruz para las

figura en el altar ó sobre el retablo cuando convenía. Si desde el siglo XII comenzaron á estar en uso los pedestales ó basas para dar pie á los crucifijos, es lo cierto que continuaron muchos ejemplares góticos llevando el espigón referido y hasta fines del siglo XV no hubo distinción entre las cruces de altar y las procesionales ó estacionales; pues la misma cruz servía para los dos usos.

Del siglo VI nada menos es la cruz del Vaticano llamada de Justino y cruz vaticana, por ser donada á la iglesia de San Pedro por el emperador Justino el joven (565-578), que se compone de dos planchas de plata sobredorada, se halla ya adonada de topacios, granates, esmeraldas, ágatas y perlas y tiene una puna metálica en la parte inferior para desempeñar la doble misión referida para que servían este género de cruces. El P. Naval trae también en su obra la figura de una de estas cruces procedente de los talleres de Limoges. En el Museo Arqueológico Nacional se conserva una cruz de hierro de aquellas sencillas y lisas, que también se han destinado hasta nuestros días para actos pocos solemnes como en ceremonias funerarias.

Aunque las piedras preciosas y perlas que adornan esta cruz se pusieron mucho después de la batalla, como ya se ha visto era costumbre mucho más antigua, y así la Cruz de Velletri que la donó á la Catedral de S. Lorente de esta ciudad el Papa Alejandro IV, es de oro y está adornada de perlas orientales por ambas caras y de cinco piedras preciosas de diversos colores. En muchos de los objetos sagrados de los siglos XIII y XIV se ven adornos de piedras preciosas ó sabajones especialmente en relicarios como el de Nuestra Señora de Namur, de principios del siglo XIII y en otros de este siglo en cruces de madera recubiertas de esmaltes, de pedrería en cabujón de filigranas, de follaje y cincelados.

DOMINGO HERGUETA

### Paralelismo Filosófico-histórico

Alejandro Magno.—Alfonso VIII.—Carlos V

sado cetro... tuvo tres años escasos de hombre, los más de Rey... heredó de su padre el renombre de Deseado pero con mejor, porque Sancho III, Deseado fué antes de nacer... á su hijo después de muerto desearon y sus vasallos lloraron.» (Códice del Cronista Alvarez de Castro).

II. Belicosas fueron las niñeces de Carlos V, singulares y proféticas sus niñerías! Tomaba la espada cuando no podía con ella y para adiestrarse en la guerra raga las figuras de los tapices que adornaban las cámaras imperiales de Alemania la Fuerte...! Disponía en orden de batalla sus juguetes y prácticamente daba lecciones de táctica de combate.

Ponderación especial merecen, en buena hora, tales señas de ardor bélico porque simulacro eran de las escenas de polvo y de sangre que después en Villalar y Pavia nublaran su frente de niño, si bien el sol de la victoria premió aquellos infantiles devaneos...! Mas Alfonso en su niñez no hubo tiempo para ensayos ni se adiestró con figuras sino contra vivos enemigos, de corazón más ardiente que las arenas de los desiertos en los que dominan su veloz caballo los hijos de Mahoma!—Nada extraño que saliera de ellos victorioso quien desde sus primeros días militó contra la vida.—Fernando de León intentó ahogar en la cuna al de Castilla ¡como si fuera tan villana acción valentía y en las Cortes de Soria decretaron arrebatarle vida y reino ¡la nobleza del caballero famoso Núñez de Almexir arrebato de las garras del que... de León era tan codiciada presa! En veloz alazán ocultó al niño Rey en el territorio de Gormaz! Otro Pelayo y cueva de Covadonga.

¡Admiro á Carlos V. venciendo en Mulberg á los adictos de Lutero, en las Guerras de Religión! Hazaña que presumo es copia de la más heroica de Alfonso, porque luchó y venció por Cristo en Las Navas, y ese nombre divino ostentaban las bande rastudas que tremolaron, oreadas por el viento de victoria, los caballeros de Tolosa.

III. Leyendo tus glorias... ¡eres inmortal! como el hombre que tuvo dicha grande en ceñir corona y empuñar cetro real... junto á la tumba en la que duermes sue-



Retrato de Alfonso VIII, debido á la pluma de nuestro querido director don Policarpo Alvarez, tomado de un grabado del siglo XVIII, existente en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial

murmura plegaria en tu favor! cabe el relicario de tus cenizas augustas... Escenas sublimes de estos días de eterna memoria! renovad la sangre que á vosotros falta de Religión y Patria pues es vuestra mayor ventura que la Patria y Religión sean en vosotros fuertes y robustas como el tronco de la encina de los quebrados valles de Castilla en la que cantan las alondras el amanecer de sus días claros.

Traduzcan en sentido poético los Cantores estas escenas memorables... ¡que no veremos más... originales...! como lo es el brillo que la gota de rocío presta cuando salpica la tersa blancura de la hoja del temprano almendro!

¡En la vasta llanura de la Historia Humana sobresalió el deseado y honrado por nosotros Alfonso, cuanto sobresalen el decir de Horacio, los cipreses entre las mimbreras flexibles de vega florida... ¡Héroe de Castilla! Fuiste un tu vida, en las Navas, y en tu muerte, el más esclarecido Príncipe de los que en tu época dieron ocupación á las voces y á las plumas de la fama...

DR. CLAUDIO MACARRO G.<sup>a</sup>  
Presbítero

### LA CRUZ

Años 312 y 1212!

¡Fechas memorables! Días de memoria para la Santa Cruz.

¡Año de 1912! Centenario de esos gloriosos sucesos, conmemoración de esos triunfos de la Cruz.

¡La Cruz triunfante! ¿quién lo había de esperar?

Era un patíbulo deshonroso, suplicio para los grandes malhechores, como saltadores y asesinos.

Por eso la doctrina de la Cruz era escándalo para los judíos y locura para los gentiles y era preciso exterminar su culto abominable.

¡Y cuánta sangre inocente derramaron para conseguirlo! ¡Ni la edad, ni las virtudes de las víctimas contenían sus manos. Jóvenes y viejos, los castos, los mansos, los humildes, los abnegados y desprendidos, cuantos adoraban la Cruz, eran cruelmente sacrificados.

Los verdugos tenían el poder, tenían la fuerza, y á golpes de hacha querían destruir la Cruz.

De aquí, los repetidos edictos sanguinarios, las persecuciones, los refinados tormentos, los suplicios atroces, las diez batallas generosas sostenidas por sus adoradores, que empiezan en Nerón y se prolongan hasta Diocleciano; que apelan á todos los medios de destrucción para hacer desaparecer á los hijos de la Cruz por completo de sobre la tierra.

Pero la sangre es de suyo fecunda y la que por la Cruz se derramaba tenía una fecundidad prodigiosa. Los hijos de la Cruz se multiplicaban, á los pocos años lo llenaban todo; el Senado, el Foro, las academias, la milicia, las ciudades, los campos, todo: era una ola que adquiría más pujanza cuantos más obstáculos se la oponía, y rebasando los bordes de las catacumbas, inundaba el mundo entero llevando el germen de vida á todas partes.

Ya lo había dicho el Hombre-Dios: «Tan luego como yo fuere elevado de la tierra, todo lo arrastraré hacia Mí.» (1) Y esta profecía se cumplió, se cumple y se cumplirá del modo más visible y prodigioso, para eterna confusión del infierno y perpetua honra de Catolicismo.

Desde el momento que el Redentor quiso santificar la Cruz con su sangre divina, la Cruz ha sido la divisa salvadora de los pueblos y de las naciones. La vida, la libertad, la independencia, todos los bienes individuales y sociales, han venido á ser sus gloriosos trofeos; y, á pesar de toda la oposición humana, ella debía triunfar.

Constantino dió el último paso y la Cruz triunfó. En sus comienzos no había medio de librarse su: prosélitos de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del licor se retiraban á la subterránea de la ciudad á comer el pan eucarístico, eran ciudades secretas que conspiraban contra la autoridad imperial. ¿Afligía una guerra al imperio, ó la diezaba una peste, sostenía una sequía, ó una época de escasez? La culpa la tienen los seguidores del Crucificado, gritaba e' populacho, y el emperador decretaba: *Cristianos á las hogueras*! Se derbordaba el Tíber, ocurría una conmoción popular ó un incendio? La culpa la tienen los cristianos, decía el César, y el pueblo vociferaba: *Cristianos á las fieras*. Y los cadáveres de los seguidores de la Cruz cubrían los anfiteatros; sus entrañas desgarradas por hienas ó leones, empapaban con su sangre la arena del circo y los que no eran consumidos por las llamas, eran despedados de lo alto de una roca, ó divididos por e' cuchillo, ó arrojados á profundos lagos.

Tal era la situación de la naciente Iglesia en tiempo de Constantino el Grande. Pero él era el instrumento designado por el Cielo para concluir con aquel período de exterminio. En Saxarubra, antes de empreñar la acción contra Majencio, movido de un impulso superior, levanta los ojos al cielo, y vé destacarse en las alturas una





